

Testimonio de Ubaldo Tapia Rivas (1951)

Muchas gracias, señores Comisión de la Verdad, señores asistentes en esta audiencia pública. Mi nombre es Ubaldo Tapia Rivas. Soy presidente de la comunidad campesina de Cotahuarcay, distrito Chuquibambilla, provincia Grau.

Quiero partir de esta causa. Sé que hemos vivido una etapa muy dolorosa, donde muchos peruanos y peruanas, niños, hemos entregado inocentemente nuestras vidas. La comunidad Cotahuarcay era una comunidad próspera. Era una comunidad que sí hemos hecho mérito de nuestro trabajo, acción cívica. En los cuales quiero poner en conocimiento que formamos una microempresa crianza de alpacas y al mismo tiempo hemos perdido dos jóvenes líderes autoridades de esa comunidad.

Es en el año 1988, en el mes de junio, la comunidad contaba con una cantidad de 480 cabezas [de ganado] alpacuno, que era nuestro sostén- Esa empresa hemos hecho con nuestro trabajo de acción cívica. Hemos querido que nuestro pueblo prospere con esa empresa. Nos generaba un ingreso a todos nuestros hermanos y hermanas de nuestra comunidad.

Luego, teniendo ese auge, potencialidad de esa empresa hemos adquirido cosas en bien de la comunidad. Había oportunidad de trabajo entre nosotros. Los hombres y los jóvenes ya no emigraban a las ciudades, porque ahí mismo trabajaban. Ahí también hemos pensado tener profesionales y esos mismos profesionales, nuestros hijos mismos, podrían conducir esa microempresa.

Pero, nuestro trabajo, nuestro esfuerzo y sacrificio hemos llevado a la deriva. Entiendo que esos hombres que nos han masacrado, tanto Sendero [Luminoso], tanto paramilitares, tantas patrullas militares se han equivocado. Lejos de que protejan a sus hijos, a sus hermanos, nos han llevado a un martirio, a un genocidio. Nuestro pueblo en este momento, desde esa fecha se siente totalmente desorganizado. «Ahora ya no hay esperanzas», dicen ellos. Como presidente digo: «Hermanos. Eso que hemos sufrido hay que tener por olvidado». Ellos dicen que no. Ellos han quedado con esa psicosis, siempre piensan que esos van a volver de pronto. Pero, les digo: «Seamos fuertes, pase lo que pase. Mientras sí hemos fracasado [el proyecto de microempresa por], no está fracasado para siempre. Siempre lograremos la victoria. No será pronto, será poco a poco, a medida que va pasando los tiempos».

También, de esa fecha, en ese tiempo, en esa época, era una comunidad productora de alimentos. Tenía potencialidades de recursos naturales ¿Qué es lo que nos faltaba a nosotros en ese tiempo? Nos faltaba nuestra carretera. Teníamos sobreproducción, pero no sabía adónde llevar. Esos eran aquellos tiempos en mi pueblo.

Dios me permita, que nuestro Señor nos escuche en esta audiencia pública, de que siempre lo haremos todavía. Tenemos esperanza. Mientras que haya fuerza, mientras que recuperemos la unidad nacional, mientras que todos nosotros los peruanos tengamos ese valor, esa fuerza, yo sé que lo vamos a poder. Tengo la plena seguridad. Por tal razón, mi pueblo me delegó porque la Comisión de Verdad han ido al mismo sitio, han conversado con todo mi pueblo. Ellos han sido quizás portadores de este caso.

También esta empresa, al trasquilar la lana, llevábamos hasta una comunidad que colindaba con Arequipa. En ese tiempo, les estoy hablando de treinta y cinco quintales de lana, fibra de alpaca, que la comunidad vendía. De esa fecha a hoy día, ni siquiera no tenemos ni cinco alpacas.

¿Cómo hicieron la matanza? En el año 1987, aparecen en forma individual, personas extrañas y nos decían: «Compañeros, es hora de que ustedes se preparen». Nosotros no sabíamos de qué hora nos estaba hablando. ¿Prepararnos? Luego desaparecieron y volvieron en seis meses, dos personas ahí nos dijeron: «Compañeros, la lucha se ha iniciado en Ayacucho, de aquí iremos todos. El que no va es un cobarde». Desde ese momento hemos vivido incómodos.

A veces de día aparecían personas extrañas en el camino. Nos encontrábamos y nos decían: «¿Adónde?, ¿a qué venían?» Por zozobra, por miedo, los demás pobladores decían, dicen: «Viene la guerra». ¿Qué cosa era la guerra para mis compañeros? ¿Vendrán los militares a matarnos? ¿Estados Unidos declarará la guerra a nosotros, al Perú? ¿Por eso vendrá la guerra?» Nosotros nos preguntamos entre nosotros.

Luego, en el año 1988, mes de junio, una noche aparecen treinta y cinco hombres armados entre rifles, carabinas, metralletas, cuchillos y nos convocan, me acuerdo que era las siete de la noche, estuvimos la población en general en la plaza pública.

Reventaban {disparaban} una metralleta al aire. Con esta amenaza todo el pueblo teníamos que ir, que juntarnos. Las personas que no iban, eran acusados de pertenecer al Servicio de Inteligencia. Además, iban a romper a patada limpia las puertas de las casas, a las señoras, a todos los niños y nos decían: «Esta es última asamblea que vamos a hacer aquí. La persona que no viene aquí, la muerte segura, hoy y mañana». De ahí, nos ha llevado fuera del pueblo a una distancia de 500 metros. A una quebrada.

Aquí hemos hecho asamblea hasta las diez de la noche. Las demás señoras, cargados sus hijos. En esa asamblea, nos dice: «Señores, entiendo de que ustedes tienen una empresa muy *bacán*. Esa empresa el día de mañana desaparece». Y nosotros nos hemos opuesto: «¿Por qué señores? ¿Por qué van a matar nuestra empresa? Son nuestra sobrevivencia esos animales. Es nuestro trabajo. Lejos que ustedes que nos digan, hagan más empresas. Nos va a quitar nuestra empresa, ¿no? Nosotros decidimos, decidimos acá». «Mañana, les espero a las ocho y media de la mañana en la cabaña. Todos vengan. Cuidado que alguien, que vaya a dar informe a la base militar. Esa persona que va a dar el informe a la base militar no tiene vida. Mejor desde ahora que vaya preparándose su sepultura». Bueno, diez de la noche, toda esa noche no hemos dormido. Cada uno nos hemos ido a escondernos en las cuevas, en los galpones.

Al día siguiente, temprano llegamos a la cabaña (granja de auquénidos). Y los señores habían sacrificado 200 cabezas. Como el río está, corría sangre, de nuestros corrales. Y nosotros nos hemos asombrado. Las señoras decían: «¿Qué es esto? Este es el fin del mundo. ¿Cómo nos va a castigar de esta manera?, ¿qué culpa tenemos nosotros? Esto no es regalo de Gobierno. Esto es sacrificio de nosotros, esfuerzo de nosotros, porque nosotros vivimos en una pobreza y queremos tener ingreso propio, ya que las autoridades no se acuerdan de nosotros. Simple y llanamente porque vivimos debajo de los Andes, debajo de los cerros. Eso es nuestro sostén».

Los senderistas nos dijeron: «Las personas quienes están reclamando, salgan a un lado». Nos han dicho. Han sacado a las señoras y a los hombres. A los que se han opuesto, la matanza. «Señores -dijo- ustedes van a reemplazar a las alpacas ahora». Y los demás compañeros decían: «¿Por qué van a matar a nuestros hermanos? Mejor mátanos a todos, a todos mátanos. Ya que nos quiere matar a nuestra empresa, mátanos a todos». Entonces, entre dos, tres hombres vinieron, prepararon su metralleta. «El que salva de acá, tendrá vida. Hoy y mañana, unas horas contadas tendrán su vida».

Por ese lado, nosotros hemos puesto resistencia, pero lamentablemente frente un pueblo desarmado, ¿qué podemos hacer? Ahí, han liquidado las 480 alpacas, entre crías y preñadas. Después de matar, sacrificar esos animales, nos han hecho formar en fila. A cada hombre nos tocaba dos alpacas, tres alpacas, las menudencias botaban, comían los cóndores. Las crías ya no recogemos, hemos dejado ahí para los cóndores, para los *Acchis* [ave andina].

Ese nuestro gran sueño se terminó. Al destruirse nuestra organización hasta hoy nos encontramos en una desorganización grande, tremenda, que no podemos nosotros mismos comprender porque simple y llanamente hemos quedado traumatados. Por esto, de ahí, nos ha dicho [esos] señores: «Este caso no van a dar informe a la base militar». La distancia desde la granja a Cotahuarcay y a la ciudad es un largo trajín. No podíamos avisar a la base militar inmediatamente porque no tenemos carretera. Hasta la fecha no tenemos carretera.

Además, nos pusieron condiciones: «Ustedes van a dar [aviso] recién a las veinticuatro horas, exacto». Nos advirtieron que habían más miembros de SL esperando en el camino en el caso alguno de nosotros quisiera avisar a la base militar. Con ese temor, no hemos ido inmediatamente a dar parte a la base militar de Chuquibambilla.

Pero pasadas las veinticuatro horas, en una asamblea nos nombramos. Fue el señor Eliseo Roca, Paulino Silva, Uber Zea, Juan de Dios Cayturo. Llegan a la base militar. En la base militar, uno de esos compañeros, de esos comisionados que se había adelantado, estaba tirado en el patio. Luego, entran: «Pasen adelante. Siéntense. ¿En qué les puedo servir?» dice la autoridad. Los comuneros manifiestan: «Mi capitán, venimos a dar parte». «¿Sobre qué?» «Ustedes saben que tenemos una microempresa comunal. Eso ha sido aniquilado en su totalidad, cien por ciento». «Ah, muy bien, bacanes ustedes. ¡Ustedes son terrucos!». Inmediatamente, me hacen parar en la pared. A patada limpia agarran al primer hombre, al juez, al otro, a todos los comisionados, lo tiran al suelo [...].

En ese suelo, han agarrado a patada limpia. A otros lo han torturado. Han roto costillas a un compañero; y a otro, el tabique. De ahí, meten al cilindro, para ahogar. Al otro compañero meten electricidad en los testículos. Y no había, ya no había facilidades para que ellos salgan de la base militar. En ese tiempo, era alcalde provincial el doctor Efil Soto. Entonces, el señor Efil, al señor alcalde, corretea a la Fiscalía, a todas las autoridades políticas para que ellos pudieran interceder. Nos Dijeron: «Señores yo no quiero ver aquí a ninguno de ustedes. Aquí están detenidos los terrucos o ¿ustedes también son terrucos? Si son terrucos, pasan adentro. Vas acompañar a estos señores».

Hicieron todo lo posible las autoridades y recién después de veinticuatro horas, les dieron su libertad, pero ¿en qué estado? Otros torturados, fracturados, otros semi muertos. Hasta esa fecha hoy día, esos señores mismos, ya no quieren participar, ya no

quieren saber sobre nuestra organización vecinal. Dicen: «Y acá yo casi me entrego mi vida por servir al pueblo. Ahora les toca a ustedes». Entonces, digo: «¡Qué dolor, qué trauma han quedado hasta la fecha nuestros compañeros!». Por otro lado, también quiero aclarar. Si nosotros, el pueblo en conjunto, hemos formado esa microempresa. Yo sé que teniendo esa empresa en estos momentos quizás nuestra carretera hubiésemos hecho llegar. No estaríamos trajinando como ahora a pie todavía, una distancia de 25 Kilómetros de la comunidad a Chuqui[bambilla]. ¡Cuánto digo! Yo mismo pienso: «Qué desgracia era nuestro Perú. ¿En qué momento llegamos a este extremo?»

Ahora, quiero pasar al segundo tema. En ese tiempo [había] dos jóvenes líderes, el otro presidente, el otro secretario. El presidente era Ricardo Cayturo Cáceres, casado, con cinco hijos. El otro, Juan Cayturo Condori, con cinco hijos, casado. Han desaparecido. ¿Cómo? En vista de que las autoridades no han dado parte de eso, los militares dijeron: «Ellos son terrucos. Esto sucede en el año 1988, en el mes de octubre, sube la patrulla militar en número veinticinco soldados. Era tiempo de sembrío de papa.

Hay un lugar denominado Aquillana Parra Cahuide. Vivían cercanos esos dos hombres. La esposa de uno de ellos le dice: «¿hay soldados? Por qué, más bien, no vas a otro sitio, aunque sea por leña?» «No, ¿por qué?, ¿por qué yo me voy a escapar de los militares?» En ese rato, aparecen los dos soldados: le dicen «nuestro capitán le está llamando». Muy obediente, se va acompañado por los dos soldados. Entra a la otra casa, del secretario también de igual manera, se lo llevaron, a los dos dirigentes comunales.

Sus esposas han seguido con sus hijos porque de Juan Cayturo tenía cinco hijos: la mayorcita que era diez años; el segundo, ocho, y así sucesivamente; el último menorcito, con cinco mesecitos. ¿Qué es lo que decía el capitán a los dirigentes? Inmediatamente dijeron: «Ah señores terrucos ahora les ha llegado la hora negra». Y cuando [escucharon] eso, los dirigentes dijeron: «Mi capitán porque nos llega la hora negra a nosotros, si no somos nada». Se los llevaron diciéndoles «Ustedes son cómplices de terrucos. Ahora me acompañan». Las señoras llevando a sus hijitos. Los niños han gritado: «¡Papá, papá!» A su papá no dejaron hablar, ya. «Calla terruco. Más luego, con tu papá se van a ver». Y de ahí los llevaron a un galpón viejo a una distancia de 200 metros, los pusieron a los dos. Todo el día ahí estaban detenidos. A las ocho de la mañana, sus esposas procuraron llevar su desayuno, su almuerzo, no les dejaron pasar y les dijeron. «Nosotros estamos dando de comer».

Como el galpón estaba a 200 metros de la casa de los dirigentes, se les escucha gritar: «¡Auxilio, auxilio!». Las esposas fueron nuevamente a suplicarle al capitán: Ellos les dijeron que les iban a dar libertad a las siete de la noche. Sin embargo, después de las siete de la noche los soldados fueron a rodear la casa. Entonces, sus esposas decían: «¿A qué habrán venido estos soldados a rodear nuestra casa?». Pero más adelante, se dieron cuenta de que nadie podía salir de sus casas, con la finalidad para que no los vean cuando se los estaban llevando por sitios desconocidos. Aproximadamente, ocho a nueve de la mañana [...], las esposas nuevamente suplicaban a los soldados: «Por favor, mi esposo está todo el día sin comer, sin tomar desayuno». «No. Ellos están saciados. ¿De qué se preocupa de su alimentación?».

Al día siguiente, ni el viento ni a la sombra de esos dos jóvenes líderes de mi comunidad. Las esposas, desesperadas empezaron a rastrear, como supieron que los llevaron con dirección a Antabamba, preguntaban en el camino a los dueños de las cabañas: «¿No

pasaron anoche o en la mañana los soldados por acá?» la gente les respondía que, «Sí, han pasado. Una patrulla militar y en el medio llevaban dos personas». Se enteraron que no los habían llevado directo a Antabamba, sino los habrían hecho dar vuelta por Sabaino, Tupay, Pataypampa, Santa Rosa.

Luego las esposas se fueron directamente nomás a la base militar de Chuquibambilla. Preguntaron al capitán, «Vinimos a ver a nuestros esposos». «No, tus esposos no han llegado todavía. Recién esta tarde van a llegar o pasado mañana. Están acompañados por una patrulla militar. Vayan a sus casas. Mañana más bien vengán temprano trayendo sus cosas». Les pidieron sus documentos. «Déjanos para constar si efectivamente son ellos o no son ellos». Lo habían dejado sus documentos. Al día siguiente, las dos señoras regresan con ansias, con esperanzas de verse con sus esposos. Llegan nuevamente a la base militar y le preguntan: «¿Mis esposos?» «No, tus esposos después que se han ido, han llegado poco rato. Ahora han acompañado hacia Abancay».

Las señoras en ese rato -como ustedes saben- eran del campo, no tenían dinero, quisieron, empezaron a corretear, prestarse dinero para su pasaje. Al día siguiente, fueron rumbo a Abancay. Llegaron a la base militar de Abancay. Preguntando, y reclamando. «Venimos a reclamar nuestros esposos». «Aquí no hay ni un detenido de Grau. Seguramente deben estar en la misma base de Chuquibambilla. De esa fecha es que ha desaparecido. Hoy día no se ve, no se sabe ¿dónde es su paradero?, ¿vive o no vive? Pero sus hijos lloran, nos dicen, como somos vecinos: «Tío, ¿dónde estarán?» El menorcito dice: «¿Dónde estará mi papá? Ya no veo». «¡Cómo a tu hijita lo cariñas! Nosotros estamos creciendo sin cariño de mi padre».

Ese dolor, como autoridad que soy, no solamente debo preocuparme por mi familia, sino que las autoridades debemos preocuparnos por todos nuestros hermanos. Entonces, desde esa fecha las señoras han puesto denuncias, en todas las instancias sin resultado positivo. Creo que esta audiencia pública, gracias al señor presidente transitorio, Dr. Valentín Paniagua, que se ha preocupado por constituir esta Comisión de la Verdad. Esta Comisión de Verdad nos han llegado a los rincones de nuestro departamento de Apurímac. De cerca, han constatado la vivencia que hemos vivido, el dolor que hemos vivido. Ojalá que esta Comisión de la Verdad dé luces verdes, el porvenir de todos nosotros, la reconciliación nacional de todos los peruanos que somos.

Creo que, en este momento, de los que estamos prestando nuestro testimonio, peligra nuestras vidas. Comprendemos que hay riesgos. Quizás aquí mismo pueden estar. Por eso, de antemano pido que los testimoniantes tengamos garantías necesarias. Pido que la Comisión de Verdad, haga llegar un informe sintetizado a favor de todos los afectados, a favor de todo este dolor que hemos sufrido y que no solamente se quede aquí. Los afectados debemos ser indemnizados siquiera en alguna cosa, en alguna medida de acuerdo con las posibilidades que existe. Por otro lado, también el trabajo de Comisión de la Verdad, que siga más investigando. Sé que hay tantos de los que todavía no escuchamos sus voces. Están opacados todavía. ¿Por qué? Porque hay temor todavía.

Por eso digo, sugerimos a nuestro Gobierno central que cambie algunas medidas de su política para que no vuelva a suceder más. Sí, estamos viviendo tiempos difíciles; pero, para esto, todos tendremos que unirnos entre peruanos, dejando a un lado el odio, la envidia, el egoísmo. Asimismo, también todos los pueblos que vivimos, que estamos viviendo en los rincones de nuestro departamento de Apurímac, más que todo los

pueblos más lejanos de las capitales, se prioricen proyectos no solamente que vean la parte urbana. Igual que tiene necesidades la zona urbana, muchas más tenemos en los pueblos lejanos. Faltan nuestras carreteras, fluidos eléctricos, servicios de agua potable. Porque en el campo vivimos, tomamos el agua de los manantiales, donde toman nuestros animales. Por eso, de manera muy encarecida, de manera muy amplia, solicito a la Comisión de la Verdad, con todas las recomendaciones que haga un informe global. Quizás me he olvidado algunas cosas, pero mi compañero va a complementar.

Señor Encarnación Hurtado Candia (1960)

Bien, señores de la Comisión de la Verdad, señores presidentes, muy buenas tardes. En este momento, nosotros también nos encontramos frente a ustedes. Hemos venido a brindar testimonio de los casos que nos ha suscitado dentro de nuestra comunidad campesina Cotahuarcay. Yo me llamo Encarnación Hurtado Candia. He venido de la comunidad campesina Cotahuarcay, del distrito Chuquibambilla, provincia Grau. En ese tiempo yo estuve desempeñando el [cargo de] presidente de la empresa comunal. En ese tiempo tenía veintidós años de edad.

Antes de esto en nuestra comunidad campesina Cotahuarcay, hemos estado tranquilos y no hemos conocido de esas políticas, los terroristas que nos perseguían como a una vicuña. Pues en ese año, inocentemente haciendo una asamblea pública, me han nombrado presidente de la empresa de mi comunidad, que hemos tenido la cantidad de 480 alpacas. Yo acepté de buena voluntad para poder dirigir esta empresa comunal que era tan servicial para, para nosotros. Para nuestros hermanos, que somos pobres. Así, un día, en la tarde, a las cinco y media, a las seis, aparecieron un grupo de los compañeros. Yo estaba viniendo de mi cabaña, con mi esposa y con mi hijo.

Me capturaron, sabían que yo he sido presidente de la empresa. Entonces, inocentemente cuando me preguntó un jovencito que tenía un arma dentro de su poncho, me pregunta: «Basta compañero, ¿usted eres el presidente Encarnación Hurtado Candia?», me dice. «Sí, compañero, yo soy». De temor me ha salido esa palabra. «Ah, ¿usted eres el presidente de la empresa?» Bueno, yo como nunca me dio la tembladera, de los nervios. Entonces, ese día nos han juntado. Esa tarde un grupo de treinta y tantos señores varones, entre señoritas que eran armados me hicieron parar en medio de los comuneros.

Preguntaron: «Vuestro presidente de la empresa, ¿cuánto tiempo está administrando vuestra empresa?» «Recién está un mes». Yo también, efectivamente recién es lo que estoy, he asumido esta responsabilidad para poder velar porque este es el esfuerzo de nosotros, para tener siquiera un apoyo para nuestra comunidad. «Como ustedes ven compañeros, somos comuneros, campesinos pobres. No tenemos económicamente para hacer alcanzar» y así contesté.

«Ya, párate. En la realidad, desde la fecha que has entrado ¿cuántas veces ya has sacado la fibra?», me dice. Recién le dije: «Recién voy a sacar ahora en el mes de diciembre. O sea, noviembre a diciembre». Entonces, a mí como era presidente de esa empresa, me han agarrado, ya no querían soltarme. Mi esposa, todas las autoridades. O sea, las autoridades también ya se han renunciado. Ya no había. Con todos los vecinos estamos allí y yo lo dije: «Compañero, en realidad nosotros no hemos sabido esta política, recién que por primera vez que nos ha caído. Yo, como recién entrante a este cargo, no he

tenido todavía ningún documento en la mano y así estoy verbalmente nomás, todavía», dije. ¿Cierto o verdad?, ese día salí bien librado pero nos notificaron para hacernos presente al día siguiente a las ocho en punto. Cuando me estaba atajando mi esposa, he ido, como me ha notificado uno de los jefes, bajo amenaza «Si usted no vas a estar en esa empresa, en esa cabaña, ya tu vida ya no es tu vida. Tu casa ya no es tu casa». Agarrando valor, fui a constatar qué es lo que van hacer en nuestra empresa.

Para nuestra llegada, nuestra empresa estaba totalmente muerta, la sangre corría como un río. Y entonces, un grupo de señoras entre los que hemos luchado por esta empresa, se juntaron. Dijo uno de nuestros hermanos de la comunidad: «Señores, nosotros también vamos a morir así, porque hemos visto que estos nuestros animales, nuestros esfuerzos que tanto hemos tenido en el sueño, hemos fracasado». Quería llorar.

Por lo cual, desde esa fecha nuestra comunidad campesina Cotahuarca, totalmente se ha vuelto desorganizado, traumatizado, que nos hemos quedado destruidos. Hemos quedado sin esperanza, ni nada. Así pues hoy día hemos venido a esta capital, a este departamento de Apurímac a hablar de nuestro pasado, que efectivamente hemos cruzado ese tiempo, un tiempo doloroso. Ojalá que nuestro señor representante de la Comisión de la Verdad, que nos dé apoyo a estos pobres campesinos que hemos perdido ese valor, ese trabajo que tanto que hemos sudado para sostener nuestra vida en nuestra comunidad. Que nos dé apoyo para poder recuperar siquiera una parte. Desde esa fecha como era joven, estudiante por entonces, ese tiempo. Yo me he retirado de la comunidad. Me he bajado a mi distrito Chuquibambilla y ya no he regresado. Pensando que me iban a llevar, que me iban a torturar, que me iban hacer desaparecer.

Y gracias estoy existiendo todavía y siempre estoy luchando por mi comunidad. Siempre estamos pensando en recuperar ese sueño que hemos perdido, esa oportunidad. Ojalá nuestro Gobierno central que nos dé la solución, no solo a mi comunidad, sino a todas las comunidades campesinas que han perdido esa oportunidad, que han sufrido muchos casos, que nos dé la solución y ya de esa manera nosotros también daremos nuestro apoyo a nuestro Gobierno central.

Así también a nuestros representantes de la Comisión de la Verdad, nuestro Señor que le ayuda en su labor de trabajo. Por lo cual hermanos presentes, señores Comisión de la Verdad, en este momento, he estado frente a ustedes. Estamos prestando nuestro testimonio, lo que es la realidad. Y así quisiera que ustedes, que nos dé un apoyo a estas comunidades campesinas. Nada más. Gracias.

Doctor Carlos Iván Degregori Caso

Señor Ubaldo Tapia y señor Encarnación Hurtado, nuevamente, a nombre de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, les damos las gracias por este testimonio tan valioso de esos tiempos terribles que hemos vivido y que tienen que terminar para que se cumpla lo que es lema de las Comisiones de la Verdad y, por supuesto, de nuestra Comisión de la Verdad y Reconciliación: «Nunca más». Yo quisiera rescatar la fuerza que ustedes han mostrado, la fuerza de la comunidad de Cotahuarca y cómo pudo combinar las formas de organización propias de ustedes, de las costumbres andinas con formas empresariales para poder, pues, progresar en esta época actual.

Desgraciadamente, en nombre de una ideología irracional y sin consultarles en absoluto, fue, pues, destruida la empresa comunal. Y desgraciadamente también el Estado, en vez de responder adecuadamente, no supo muchas veces distinguir entre los grupos subversivos y los campesinos honestos. Nosotros rescatamos ese mensaje que ustedes nos traen de organización y ese sufrimiento por la ruptura de la organización. Entre nuestras recomendaciones además de la justicia, además de las reparaciones, tienen que haber, pues, recomendaciones para que nuevamente puedan surgir las organizaciones de los pueblos de todo el Perú, porque solo así saldremos adelante. Muchísimas gracias.

Señora Sofía Macher Batanero

Hemos terminado con esta segunda sesión. El día de mañana vamos a empezar con la tercera y última sesión de esta audiencia pública. Vamos a empezar a las nueve en punto de la mañana. Agradecería a las personas que quieran asistir que puedan llegar antes de las nueve de la mañana para poder tener la tranquilidad y el silencio que se requiere para iniciar con los testimonios. Muchísimas gracias.